



Directora: ANGELA GRASSI DE CUENCA

Núm. 9.º | Exclusiva para recibir anuncios: AGENCIA ESCAMEZ, Preciados, 35, Madrid. | Madrid 2 Marzo 1881. | En París, única casa corresponsal: AGENCIA EWIG, Rue Flechier, 2 | Año XXXI

SUMARIO.—Revista de modas.—Explicación de los grados.—Vestido de raso y felpa.—Vestido adornado de flecos y cordones.—Vestido con túnica-drapería de terciopelo y reps.—Vestido con figaro.—Vestido con cuerpo bullonado.—Traje para jovencita.—Vestido Médecis.—Vestido de seda adornado de encajes.—Vestido de terciopelo granate.—Vestido escocés para niña.—Vestido con echarpe para niña.—Trajes para niños.—Vestido con fleco de cuentas.—Vestido con cuerpo-blusa.—Vestido para niña.—Paraguas con puños

de novedad.—Sombrero de crochet para niña.—Canastilla para los papeles.—Encaje bordado en tul.—LIBRERÍA: Efectos de la educación, por Antonio M. Flores.—Dulce tributo, poesía, por Aurora Lista. A Doña Angela Grassi, por Eugenia N. Estoppa.—Bienaventurados los pobres de espíritu, por Vicente Cuenca.—Charada.—Variedades.—Explicación del figurín 1.446.

REVISTA DE MODAS.

Llegamos ya muy tarde para hablar de las suntuosas recepciones efectuadas en los palacios de los Sres. Duques de la Torre, de Bailen, de la Embajada francesa y tantos otros que han sido verdaderos palenques del lujo y la hermosura.

Hoy, los que ayer se entregaban á los placeres del baile, acuden presurosos á tomar la ceniza, símbolo de humildad y penitencia, trocados sus vestidos espléndidos por otros modestos, propios de la santidad del templo, de donde el deber religioso y el buen tacto proscriben los alardes de ostentación y orgullo.

Los vestidos negros, los severos abrigos, reelegados por un instante al guardarropa, vuelven á recobrar su predominio, para ostentarse en las solemnes ceremonias de la cuaresma.

Pero la moda no descansa.

Los lazos amorosos anudados en los pasados bailes, suelen convertirse en aquel santo, bendito y eterno lazo que confunde en un sólo sér dos amantes séres.

Los casamientos son siempre numerosos en esta época del año, y los padres, deudos y amigos andan preocupados con el trousseau de la feliz desposada.

No puede buscarse novedad en las telas ni en las hechuras, pues son las mismas que han dominado durante todo el invierno, y la moda sólo ostentará sus portentos cuando abran sus capullos las flores de los prados y se vistan de gala las mariposas; pero una modista hábil sabe sacar partido de la combinación de los tejidos y la disposición de los adornos para producir maravillas.

Las jóvenes desposadas han solido presentarse ante el altar, vestidas de raso blanco, en medio de los calores del estío, y con mayor razón lo harán ahora, pero combinando el raso liso con el brochado.

Hé aquí la descripción de un traje de novia, destinado á la bella señorita de R. C., que se está confeccionando en uno de los talleres más afamados de Madrid.

Falda de cola, de raso blanco plata, sin ningún adorno,



1 Y 2. TRAJES DE PASEO Y VISITAS.

1. Vestido de raso y felpa.

2. Vestido adornado de flecos y cordones.

no, y draperías de raso brochado color de marfil. Las draperías son dos, terminadas en cuadro por un lado y punta por el otro. Los dos extremos cuadrados, unidos, cubren la cadera derecha, y bajan casi hasta el extremo de la falda. Luégo ambas draperías se recogen en pliegues, y una por delante, otra por detras, vienen á anudarse en el costado izquierdo, á la altura de la rodilla, bajo un medallón de pasamanería ó un adorno de enca-

guna joya y un velo que la cubría casi por completo. Es verdad, que el lujo de nuestros días no se limita al que se despliega en la sagrada ceremonia.

Además de los vestidos, el trousseau debe contener gran variedad en ropa blanca.

Los bordados finos, abandonados últimamente por los encajes, vuelven á estar de moda.

Las matinées son deliciosas, componiéndose de largas

je y perlas. La drapería, que cruza por detras, ciñe la falda de modo que forme un pouf muy bajo. Desde este punto, la cola se abre en abanico, plegado á gruesas tablas que se prolongan hasta el borde, en donde descansa sobre un ruche interior de gasa.

Las draperías parecen estar sujetas á la falda de raso, por alfileres de oro con cabeza de perlas; pero tanto éstos como los demas adornos de pasamanería y encaje, sería mejor sustituirlos con grupos de flores de azahar.

El cuerpo, de largos petos, va abrochado atras, y dibuja escote cuadrado que abre sobre camiseta plisse, guarnecida de encaje y salpicada de alfileres de perlas ó ramitos de azahar.

Las mangas son de raso liso, muy estrechas, que no llegan más que hasta el codo, completándose con dos plissés de encaje sobre otro de gasa, que cubren casi todo el brazo.

Un medallón igual al que sujeta las draperías, pero más pequeño, decora las mangas algo más arriba del codo.

Peinado de bandós ligeramente rizados por delante; por detras una torsada que forma un 8, sujeta con peina de oro y perlas, y dos bucles que descienden un poco á cada lado. Corona de azahar y velo.

No pierde nada, sin embargo, una joven, que para acto tan solemne, vista un traje más modesto.

No hace mucho se efectuó en Londres el enlace del baron Leopoldo de Roschilt, jefe de la renombrada casa de banca de este nombre, con la señorita María Perugia, nueve veces millonaria, y la novia se presentó ataviada, puede decirse, que únicamente con su hermosura, pues llevaba un sencillo vestido blanco sin nin-

chaquetas semiajustadas, y faldas cortas, de surah blanco, azul de cielo ó rosa pálido, guarnecidas de plissés finos de raso y de coquillés de encaje.

Para los atavíos de casa, la moda pide prestados al Oriente los dibujos caprichosos y los colores brillantes.

Pero en donde este gusto domina sin rival, y puede decirse que reconcentra todas sus maravillas, es en los chales de la India, de dibujos pequeños, de tintas armoniosamente desvanecidas, en las que sobresale el encarnado y muy poco el blanco. Los chales de la India, de que no debe carecer ninguna canastilla de novia, han alcanzado su más alto grado de perfección; son finos, flexibles, y por lo mismo pueden recogerse en graciosos pliegues, y prestan infinita elegancia á la figura.

El calzado es una cosa en que las personas distinguidas fijan más la atención, y en que más brilla el arte moderno.

Para casa se usan zapatos de terciopelo ó felpa, pantuflas de raso, botinas abrochadas con trencilla, que dejándolas entreabiertas, permiten ver la media de seda bordada y perlada.

Para la calle son las graciosas botitas de raso de lana y de cabritilla, respunteadas de blanco, con su talon Luis XV, que se sostiene siempre con la misma voga.

Los sombreros se hacen cada día más pequeños y caprichosos, dominando entre todas las formas, la capota con anchas bridas y adornos de plumas y felpillas.

Los refinamientos de nuestra época exigen que hasta en la elección de la canastilla presidan el buen gusto y la elegancia.

Son canastillas de junco natural ó dorado, primorosamente trabajadas. En el fondo, cubierto de raso entretelado, se colocan: el joyero, los encajes, los chales de la India; encima de éstos la ropa blanca, y por último los trajes y los sombreros. Al enrejado de los costados se prenden los dijes de fantasía: el brazalete portadicha, los alfileres y flechas de oro y otros mil caprichos semejantes.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. TRAJES PARA PASEO Y VISITAS.

1. *Vestido de raso y felpa.*—El delantero, de felpa color núa, se corta por un patron de vestido princesa, drapeándose sobre la parte posterior de la falda, que es de seda, y está adornada con dos volantes plissés de raso, de 7 cents. de altura. Por atras, la media cola de raso, se recoge de modo que forme una punta, adherida al cuerpo de felpa que dibuja aldeta redonda, y que lleva alrededor un plissé de raso, de 8 cents. de altura en el centro y 3 en los costados. El ancho cuello, con solapas de raso, está realzado en el escote con una doble cordonería de borlas, anudada por delante; la misma cordonería adorna por abajo las mangas de codo.

Esta combinacion, que puede hacerse en toda clase de telas, se presta á utilizar los vestidos, ó parte de los vestidos antiguos que se tengan en el guardaropa.

2. *Traje guarnecido de fleco.*—Estará perfectamente de cachemir adornado de raso, terciopelo ó felpa. La falda termina con un plissé, de 40 cents. de altura, sobre el cual va cosida una tira ó banda de raso de 6 centímetros de ancho. La túnica, de cachemir, lleva alrededor un bies de raso y un fleco de 16 cents. de ancho, con cabeza enrejada y borlas de felpilla y cuentas. Se recoge en los dos costados muy arriba hacia atras, y el pouf, formado con un pedazo de tela al hilo, se levanta en lazadas. El cuerpo largo, de aldeta, abre en cuadro por delante, se abrocha con una trencilla doble, y lleva cuello marinero guarnecido con el mismo fleco, el cual adorna tambien las mangas y todo el cuerpo alrededor. Camiseta plissée de surah, y ruche *Sara Bernhardt* en el escote.

3 Á 9. TRAJES DE SALON.

3. *Traje de terciopelo y reps.*—El vestido es de terciopelo granate oscuro y reps del mismo tono. La falda está guarnecida por abajo de volantes plissés y coquillés, y la túnica se compone de draperías de terciopelo, alternando con echarpes plissés, sujetas por atras con un pouf, que termina en larga punta sobre la cola redonda, guarnecida de plissés de encaje y reps. El cuerpo, de escote cuadrado, abrocha por atras, en donde dibuja aldeta-frac dispuesta en dos lazadas. Las mangas, cortas,

de terciopelo con acuchillados de reps, llevan, lo mismo que el escote, un encaje coquillé bordado de oro.

4. *Vestido con figaro.*—El vestido princesa sin mangas, de raso de color claro, dibuja extensa cola, abre por delante y va adornado con un rico bordado de oro ó plata, que se ejecuta sobre la misma tela. El delantero de la falda es de surah bullonado, de tono más claro, y la vesta-figaro, de mangas cortas, es de damasco de seda, guarnecido con cordon y fleco de oro. Doble ruche de encaje en el escote, y el mismo encaje fruncido en el bajo de las mangas. Tanto el figaro como el vestido, cierran con ricos agremes de pasamanería, borlas y cordones de seda y oro. Redecilla de hilo de oro, y pluma color de rosa en el peinado.

5. *Vestido con cuerpo bullonado.*—Es de muselina ó tarlatana, con cuerpo bullonado en el centro de delante y de atras, y ajustado con cinturon de raso. El escote es redondo. La manga bullonada, abierta por delante, forma punta por detras, dejando ver dos brazaletes de raso cerrados con escarapelas de lo mismo. La túnica princesa, abierta por delante, se recoge en paniers en ambos costados, con algunos pliegues, sujetos con ramitos de flores; por detras se anuda coquetamente la cola, formada de echarpes; la falda bullonada al traves, termina con ancho volante, y un bullon adornado con un entredos. Lazos de raso y flores en el peinado.

6. *Vestido para jovencita.*—Es de tarlatana maiz y foulard del mismo color, sembrado de rositas con botones y follaje. La falda, plegada á dobles tablas, está guarnecida con volantes plissés, con cabeza plissée y coquillé. La túnica se compone de echarpes drapeadas, y guarnecidas con bieses de foulard y un plissé de tarlatana, cruzadas por delante y recogidas por detras en un pouf muy pequeño. El cuerpo-blusa, lleva una drapería-fichú, que cruza por delante y se ciñe por medio de un cinturon cerrado por un lazo. Mangas cortas bullonadas; ancho encaje plissée guarnece el borde de los guantes, que son muy largos.

7. *Traje Médecis. Estilo del siglo XVI.*—Este rico traje recuerda la época de Enríque IV y María de Médicis. La falda, de raso encarnado oscuro, está guarnecida en el borde de la cola con dos plissés de seda rosa claro. La túnica va orillada con rico encaje plissée, y una doble guirnalda de lazadas de raso rosa, recogiendo á ambos lados de la cola, con lazos de los dos colores. Cuerpo de largas aldetas, de raso encarnado, guarnecido de encaje, y realzado con una camiseta bullonada rosa, y mangas acuchilladas y ajustadas por un brazalete de cinta. Cuello y puños *Médecis* de batista, guarnecidos con encaje veneciano.

8. *Vestido de seda adornado de encajes.*—Es de seda azul pálido adornado de encajes. Un lazo recoge la manga corta, y ramito de flores en el escote. El manguito, de la misma tela que el vestido, está formado de volantes, lazos y flores.

9. *Vestido de terciopelo y encaje.*—La falda, que dibuja extensa cola, es de terciopelo verde mirto orillado con un coquillé de terciopelo, forrado de raso que descansa sobre un doble plissé de encaje. La falda, drapeada, es de raso, cortada en almenas, y adornada con dos plissés. Las draperías van recogidas con lazos. El cuerpo, alto, ligeramente escotado de las caderas, lleva un ruche en el escote y en el bajo de las mangas Enríque II. Grupo de rosas en el peinado.

10. ENCAJE BORDADO EN TUL.

Los contornos y los troncos se bordan á punto de zurcido, con hilo plata, y el interior de las flores á diferentes puntos de encaje con hilo muy fino. El borde, recortado en la parte exterior de las flores, va sostenido con un punto hecho con hilo de encaje que reemplaza á los picots. Puede hacerse en tul blanco, negro ó crema.

11 Y 12. TRAJES PARA NIÑAS.

El núm. 11 se compone de una chaqueta abierta, que podrá cortarse sobre el patron de un vestido princesa, y que se deja más ó menos larga, segun la estatura de la niña. La tela se toma al traves, como se ve en nuestro modelo, y es escocesa á cuadros negros y encarnados. La falda, de lana ó terciopelo granate, consiste en dos plissés de 18 cents. de altura, y el plaston, tambien plissée, va adornado con dos bieses ó pasantes de raso, que sujetan el plegado. Una fila de botones fija el borde de la

chaqueta sobre el plaston, y el cuello cierra por delante con un lazo de corbata.

Patas de bolsillo figuradas por bieses de raso, ó hileras de botones sobre la aldeta.

El núm. 12 representa un vestido con echarpe. La falda, de cachemir, está plegada y terminada con un bies de 5 cents. de ancho, y la túnica, pardessus, de forma princesa, abrochada hasta abajo, lleva como adorno bieses, solapas y cuello de tela escocesa. El echarpe es tambien de tela escocesa cortada al bies. Ciñe graciosamente el talle, se anuda atras y vuelven sus cabos adelante pasando por dentro de dos grandes ojales orillados de raso. Bolsa limosnara de la misma tela suspendida al cuello.

13 Y 14. TRAJES PARA NIÑOS.

Aún se dará, en esta semana, alguno de los bailes de niños anunciados, y por esto nos apresuramos á ofrecer á las madres cariñosas estos graciosos modelos.

El núm. 13 representa una linda pescadora napolitana. La camiseta, de manguitas cortas, es de muselina ó percal blanco; la falda, y la vesta ó chaqueta sin mangas, de cachemir azul oscuro, ésta última orillada con ancho biés encarnado; delantal de tela gris, guarnecido con cintas encarnadas; el delantal cierra atras con dos cintas encarnadas, que vuelven á anudarse por delante. Collar de coral y cruz de oro, y en la cabeza una larga tira de malla, de lana encarnada, sujeta á un cerco de oro colocado bastante atras.

El núm. 14 representa un aldeano francés, de la época del Directorio. El pantalon es á rayas azules, blancas y encarnadas; el chaleco largo, encarnado, y la chaqueta abierta, con grandes solapas y cuello vuelto, de lana verde; una chorrera de encaje y un ramo de flores adornan el delantero del chaleco; velos bordados y corbata de puntas bordadas; cuello de la camisa alto; dos relojes pendientes de una cadena, uno á cada lado; sombrero gris, rodeado de una cinta encarnada, y paraguas de seda ó algodón encarnado.

15. CANASTILLA PARA PAPELES.

La canastilla es de mimbre, y está adornada con una banda de fieltro estampado, que la rodea por debajo de las asas, terminando por arriba con un fleco ruche, y por abajo con un fleco de borlas, hecho con lana de Hamburgo verde musgo y seda de Argel del color del fondo.

Las rosetas en abanico están bordadas con hebras verde musgo y dos tonos azules; las otras flores, color moda, de tono claro y oscuro y seda de Argel del mismo color. Madroños de lana de todos estos colores, y forro de seda verde musgo.

16 Á 18. PARAGUAS.

Estos objetos no suelen variar más que por la novedad de los puños. Los más de moda consisten en una cabeza de conejo ó gato, de madera ó bronce, ú otros caprichos semejantes. Les sirven de adorno lazos de cinta ó cordones con borlas.

19 Á 22. SOMBRERO DE CROCHET PARA NIÑA.

Este cómodo sombrero se ejecuta con una especie de lana, hecha de pelo de conejo hilado y poco torcido. El fondo, el bavolet, el ala levantada, y la parte de adentro, se ejecutan por separado, y luego se unen por el revers á punto por encima.

Se empieza el fondo por el centro, con algunos puntos en el aire, formando un círculo, alrededor del cual se hacen 12 vueltas á punto de escamas, como lo muestra, de tamaño natural, el núm. 21, aumentando de modo, que la última cuente 48 escamas y el fondo tenga 30 cents. de diámetro. La pasa tiene 44 cents. de largo en la primera vuelta, 40 en la segunda y 26 en la tercera. Se rompe la hebra al finalizar cada vuelta, para empezar siempre la labor del mismo lado. Las vueltas se aumentarán segun indique un patron, que se habrá cortado de antemano. El bavolet se ejecuta del mismo modo, y se monta á gruesas tablas, mientras que el ala se monta lisa. El borde del sombrero y el bavolet, se adornan con ondas compuestas de 3 pts. en el aire y un punto doble. Luego se vuelve el ala, y se ejecuta un ruche á crochet, que queda en la parte de adentro, em-

a por delante
raso, ó hile-
echarpe. La
con un bias
ús, de forma
adorno bie-
arpe es tam-
graciosamen-
bos adelante
orillados de
spendida al

los bailes de
nos á ofrecer
elos.
dora napolí-
de muselina
chaqueta sin
ima orillada
a gris, guar-
cierra atras
nudarse por
en la cabeza
sujeta á un

ancés, de la
rayas azules,
arnado, y la
ello vuelto,
un ramo de
los bordados
camisa alto;
á cada lado;
rnada, y pa-

s.
ada con una
or debajo de
eco ruché, y
con lana de
del color del

con hebras
flores, color
ngel del mis-
os colores, y

por la nove-
sten en una
once, ú otros
orno lazos de

RA NIÑA.
na especie de
o torcido. El
arte de aden-
e unen por el

algunos pun-
edor del cual
omo lo mues-
mentando de
el fondo ten-
44 cents. de
da y 26 en la
a vuelta, para
. Las vueltas
que se habrá
a del mismo
ras que el ala
el bavolet, se
a el aire y un
e ejecuta un
adentro, em-

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



070

Nº 630

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Calle de la Montera, número 11, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

pezando sobre una vuelta de crochet tunecino; al volver, se hace, despues de 3 puntos sobrecargados, una brida de 6 puntos en el aire, vuelta á tomar con 1 pto. doble (véase núm. 22), y se termina con una vuelta de un punto doble y 3 en el aire. Lazos y bridas de cinta de raso.

23 Á 25. TARJES ELEGANTES PARA RECIBIR EN CASA Ó PARA CONCIERTO.

23. *Vestido con cuerpo de aldeta.*—El cuerpo y la túnica, de felpa, terminan por abajo con rico fleco, al que sirve de pié ancho enrejado bordado de cuentas. La falda es de cachemir y el volante de raso. Encaje crema, bieses y lazos de raso.

24. *Vestido con cuerpo-blusa.*—Es muy propio para señorita joven. La falda va rodeada de dos plissés estrechos, ancho adorno tableado y cortado al bies, y encima dos draperías, una de surah á rayas, y la otra de surah liso, encarnado oscuro. Túnica polonesa formando doble panier, ajustada, y guarnecida con un plissé; camiseta plissée de surah encarnado y realizada con lazos. Cinturon de peto, y cartera de las mangas de surah encarnado.

25. *Traje para niña.*—Es de cachemir y felpa, y se compone de ancho volante plissée, sobre el cual cae la túnica princesa, drapeada por delante y de los dos costados de atras, por medio de una cordonería de borlas. Cuello y carteras de las mangas de felpa, guarnecidos de encaje.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de correos á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



EFFECTOS DE LA EDUCACION

XII.

(Continuación.)

Escusamos decir á nuestras simpáticas lectoras, que, al herido se le puso la cabeza entre dos almohadas y se le trató con el más exquisito cuidado por disposicion del facultativo.

A los pocos momentos se presentó el juez acompañado del fiscal, un escribano y dos alguaciles. Despues de cerciorarse del desagradable suceso, practicó las primeras diligencias tomando declaracion á la familia y al facultativo; se incantó de la pistola, dispuso el arresto de cuantos en la casa se hallaban, á excepcion del facultativo, hasta nueva disposicion, señalándoles la casa para estar arrestados. Acto seguido procedió á un minucioso reconocimiento del herido y de los papeles de su despacho. En uno de los bolsillos de la bata que puesta tenía, se encontró un papel en cuatro dobleces cuyo contenido era el siguiente:

«Siéndome sumamente pesada mi existencia por la monotonía de la vida doméstica, he determinado, despues de un detenido exámen y la más completa y terminante decision, poner fin á mi vida. Hago esta declaracion para que á persona alguna se le haga ni el menor cargo, pues que yo soy el asesino y la víctima. No hago testamento porque tengo herederos forzosos. Encomendad mi alma á Dios y dad tierra á mis restos mortales.

Silvestre Aguilar y Mejía.»

—Señor Juez, ¿por qué razon y con qué facultades nos arresta usted?—interrogó Juana con acres palabras.

—Señorita, no soy yo quien tomó esta sensible medida; es la ley que así lo manda,—contestó el magistrado con suma amabilidad.

—¡Vaya una ley! ¿Qué delito hemos cometido? ¿Somos algunos criminales acaso?—repuso Juana con mal tono.

—Cállate, Juanita, no digas disparates,—dijo doña Apolonia.

—Es su comida favorita, mamá,—añadió el pequeño Serapio con aire burlesco.

—Señorita, nadie ha dicho á usted que haya cometido delito alguno. Ahora ruego á usted que para en lo sucesivo tenga más respeto á las leyes del país y sea más comedida en la manera de producirse.

Prosiguiendo el registro, en la mesa del despacho de don Silvestre se encontró otra carta igual á la que de leerse acaba.

En virtud del contenido de ambas cartas, de las declaraciones tomadas, en particular la del doctor, y el hallarse la pistola descargada al lado del herido, el juez instructor, despues de disponer que al herido se le colocase en el punto de la casa que el facultativo creyese más á propósito, levantó el arresto, con lo que terminó, por entónces, los deberes de su delicado y espinoso ministerio. Recomendó, tanto á la familia como al facultativo, el mayor cuidado en el tratamiento del herido.

El doctor, interin la autoridad practicó las diligencias necesarias, suministró al herido varios estimulantes con los que logró reanimarlo en gran manera, consiguiendo al mismo tiempo que recobrase el uso de la palabra aunque de una manera débil y dificultosa.

El semblante del herido era cadavérico, tal era la debilidad que de él se apoderó en tan corto tiempo, efecto de la sangre que perdió.

El facultativo dispuso que se preparase una cama en el cuarto que ménos se percibiese ruido alguno; en la habitacion más á propósito para el estado delicadísimo en que el herido se encontraba, prohibiendo la entrada á toda clase de personas ménos la encargada de cuidarlo, pero sin hablarle.

Trasladado que fué de la manera que el doctor lo dispuso, éste en presencia de la autoridad, registró de nuevo al herido por si algun proyectil ó esquirla habia quedado en la herida ó sus alrededores, terminando de este modo la segunda cura: se despidió hasta luégo, y el magistrado hasta el siguiente dia.

El facultativo encargó, al despedirse, que si alguna novedad ocurria, se le llamase en seguida.

En vista de lo que el facultativo dispuso, doña Apolonia dió orden á sus criados para que cada uno se retirase á cumplir con sus deberes. A Juana, Serapio y las doncellas les ordenó que la dejaran con el herido; que guardasen el más completo silencio y que estuviesen con cuidado para acudir pronto si llamaba.

—¿No tienes miedo de quedarte sola? mamá—preguntó Juana.

—¿A quién he de tener miedo? necia. Retiraos de aquí en seguida.

Las tres jóvenes y Serapio se ausentaron. Oigamos el corto y animado coloquio de los dos hermanos, que ni el menor sentimiento manifestaban por el grave estado en que su padre se hallaba, ni se cuidaron de averiguar las causas que lo motivaron. Lo que sí han hecho, fué faltar á lo que tanto les encargó su madre.

—¿Has oido lo que mamá te llamó al preguntarle si no tenía miedo de quedarse sola? señorita doña circunstancias.

—Calla malandrín. Eres más bruto que un cochero, y más torpe que un cadete de esquina, simplón.

—Calla, tú, arpía, que más pareces una atropella platos que una señorita decente. Eres más tonta que un pipí, y más vana que el pavo real de la fábula, ignorante y holgazana.

—Señorita Juana, no le haga usted caso,—dijo Nicasia.

—Calla tú, miserable adúladora, interrumpió Serapio amenazándola con los puños cerrados.

—Señorito Serapio, considere usted la situacion en que su señor papá se encuentra,—objetó Sofía.

Mientras esta escena tenía lugar entre los dos hermanos y las dos doncellas, pasaba otra nada edificante y muy grave entre el herido y su mujer.

Bastante despejado el primero, se incorporó un poco, abrió los ojos, y al fijar la vista en su esposa exhaló un profundo y prolongado suspiro, dejando caer de pronto la cabeza.

Doña Apolonia se sobrecogió en gran manera. Pasados algunos momentos y repuesta algun tanto de la sorpresa, hizo las siguientes preguntas:

—¿Cómo te encuentras? Silvestre. ¿Te sientes bien?

¿Quieres alguna cosa? ¿Apeteces algo?... ¿No me respondes?

El herido, incorporándose de pronto, aunque con debilidad, haciendo un esfuerzo y con toda la energía que su estado le permitia, balbuceó las siguientes palabras:

—Me sentiré muy bien si de mi presencia te quitas.

—¿Qué causas te han inducido para que contra tu vida atentaras? ¿Qué motivos tienes para contestarme como de hacerlo acabas? Ante todo ¿no debiste tener presente que al suceder en casa una desgracia de cierta naturaleza, que precisamente vendria la justicia, y que con tu muerte vendria nuestra ruina y la de nuestros hijos?... Contéstame, Silvestre, dime que tengo razon.

Trascurridos algunos momentos de silencio, el herido, haciendo un esfuerzo mayor que el anterior, se incorporó cuanto pudo, y con los ojos desenchajados y crispadas las manos, dijo, aun con mucha dificultad:

—En el primer cajon de la derecha de mi mesa hay un revólver, traérmelo pronto, y seguidamente contestaré á todo. La vida es una carga demasiado pesada para mí. ¡Quiero morir!..

Doña Apolonia, no pudiendo contener por más tiempo la cólera al verse ultrajada tan cruelmente, dijo recalcando con fuerza las palabras y apretando el boton de un timbre al mismo tiempo:

—Muy bien, modelo de esposos y de padres; muy bien. Todo se hará como tú deseas. Mientras á buscar voy lo que con tanto interés me has pedido, mi doncella quedará en mi lugar por si alguna otra cosa necesitas.

(Se continuará.)

ANTONIO MARÍA FLORES.

DULCE TRIBUTO.

Des las orillas del Ebro,
dulce tributo llevando,
volad, mis pobres cantares
á las riberas del Tajo.

Volad, felices vosotros
que así cruzais el espacio,
y vais con mi pensamiento
por mi cariño guiados.

Humildes, cual son humildes
mis valimientos escasos;
sinceros, como es sincera
la voluntad con que os trazo.

Id, y á la ciudad altiva,
la de los siete collados,
la que es del arte joyel,
templo de gloriosos fastos.

Dedícle que en su recinto
gratas mis horas volaron,
cual las del niño que duerme
con los ángeles soñando.

Como veloces trascurren
con giro apacible y blando,
para la virgen que siente
de amor el divino encanto.

Deliciosas, cual las cuenta
en sus desvelos el sabio,
en sus sueños el artista,
el bueno, bienes sembrando.

Por eso pasaron presto,
por eso raudas volaron
tanto ¡buen Dios! que imagino
de un sueño haber despertado.

¡Ay! que lejos, mi Toledo,
de tu suelo hospitalario,
todo me parece triste,
sombrió todo, é ingrato.

¡Quién volviera á hallar auxilio
bajo tu cielo estrellado,
y respirara feliz
el ambiente de tus campos!

Mas sólo humilde tributo
de generoso entusiasmo,
puedo enviarte, cual prueba
de mi cariño acendrado.

Así, pues, cantares míos,
partid, por mi afán llevados
de las orillas del Ebro
á las riberas del Tajo.

AURORA LISTA.

Zaragoza y Febrero de 1881.

A DOÑA ANGELA GRASSI.

Mi querida señora: Atendiendo á su amable observación, me decido con gusto á escribir una de esas cartas íntimas, en las cuales casi siempre se ven reflejados, con pureza de estilo, los tiernos sentimientos del alma enamorada, que no encontrando en la aspereza de la vida una senda florida á sus contemplaciones, poetiza cuanto ve, revistiendo los objetos con los trémulos colores de la aurora naciente y sonrosada. Hé aquí el objeto que me impulsa hoy á escribir.

Suya

E. N. ESTOPPA.

Siendo la imaginación la que impulsa al pensamiento, y siendo éste el tirano de ella, sucede á menudo que nos encontramos en un estado tal de confusión de ideas, que ni podemos coordinarlas dentro de la razón, ni aun expresar cómo ha podido trabarse esa lucha por los oscuros rincones de nuestro débil cerebro; y es que la criatura, revolucionaria de sí misma, se complace en aumentar las densas tinieblas de ese caos horrible de ignoradas verdades que llamamos porvenir: siempre ansiosa de nuevas y más gratas impresiones, busca allá en el revuelto torbellino de sus turbulentas y enmarañadas ideas un pensamiento atrevido, que andaz se remonte en rápido vuelo á las regiones fantásticas de un paraíso que no existe, y en el cual sueña ver realizadas las dulces promesas de un virginal amor; amor ¡ay! que no se comunica á otro en efluvios de armonías celestiales, porque ni hay un mundo para él en esta vida, ni un cadencioso suspiro... ni una vaporosa sonrisa que le recoja en los aéreos pliegues de sus mantos de gasa! Por eso he dicho que nosotros mismos somos el instrumento de acción que tortura cruelmente nuestra fatigada imaginación; y como ésta es el órgano que mata ó sana moralmente, es preciso ante todo, como V. ha dicho, cuidar mucho de ella, y contenerla en los justos límites de lo posible.

Sonar quimeras, aventurando locuras irrealizables, son cosas propias de la bulliciosa y ligera juventud, y no es de extrañar que dejándose llevar de sus vertiginosas corrientes, se precipite con frecuencia en el abismo de su constante devaneo. Esto es natural, y hasta lógico, si se atiende á que la fuerza, si bien constituye un cuerpo sólido que puede rechazar los inconvenientes del momento, no puede asimismo evitar que por la misma fuerza que ella encierra se descompongan y caigan con vida, pero diseminados sus elementos de poderío.

¡Es tan difícil, señora, caminar con acierto por la espinosa senda de este valle! Mas, sin embargo, cuando la misericordia de Dios ha permitido que los ángeles del cielo bajen á morar en el desierto inmenso de él; á tapizar sus agrestes caminos de eternas siemprevivas, no debemos formular una queja lamentándonos de nuestra suerte; antes, al contrario, elevar una plegaria con el espíritu en acción de gracias para que llegue al excelso trono del Sér increado. Fillos son para la humanidad doliente el bálsamo consolador y refrigerante, sus fieles guías; el foco de luz segura y salvadora que la encamina al verdadero puerto de bienandanza prometida.

Usted, señora, que me distingue con su preciosa amistad, y me favorece con sus sabios consejos, usted, señora, es para mí el ángel bendito que tiene la regeneradora y santa misión de fortalecer mi abatido espíritu con las frases conmovedoras que á menudo me prodiga: la tierra y á la par sencilla elocuencia de ellas ha sido la semilla que ha producido el bien incomparable que hoy goza mi corazón. Justo es que sus frutos lleguen,

en las puras exhalaciones de mis sinceros sentimientos, á probarla tangiblemente que no en vano se siembra si tanto se recoge.

La gran máquina del mundo gira constantemente sobre sus ejes, rodando por la pendiente ilimitada de la tierra hacia algo que no nos es permitido saber; así la existencia de la criatura rueda en continuo movimiento, ignorando cuándo cesará, ni cuál será el desenlace de la gran comedia que representa, bien caracterizando un poema de amores nunca interrumpidos, ya representando un

conjunto extraño de extrañas ideas, que tropiezan y caen al chocarse, despidiendo chispas de fuego fátuo; la vida es para estos desgraciados y faltos de fe cual sangre candente, que inflamándolo todo, deja el corazón carbonizado.

¡Oh! Cada uno de nosotros la contempla bajo diferentes fases, según el mayor ó menor grado de perfeccionamiento á que ha llegado; y digo perfeccionamiento, porque si educamos nuestro espíritu desde un principio en la escuela del desenfreno, y conseguimos más tarde

¡La Esperanza! Rayo de luz vivificadora; flor querida, que embellece nuestras más gratas ilusiones, tú eres la amiga de todos; tienes más que todos derecho á nuestro agradecimiento; llevas el consuelo al angustiado esposo, que mira lleno de dolor la enfermedad de su amante compañera; los hombres con su fallo arrancan á este infeliz su creencia; tú, último y salvador recurso, reanimas su abatido corazón.

Prometes salvación al pobre naufrago, que asido á una tabla es juguete de las embravecidas olas, en la

movió de gozo nuestro sér, haciendo más fuertes las palpitaciones de nuestro corazón.

¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡No te separes de mí!

EUGENIA N. ESTOPPA.

Gibraltar, Enero 29.



3. Vestido con túnica drapería.

4. Vestido con figaro.

5. Vestido con cuerpo bullonado.

6. Vestido para jovencita.

7. Traje Médicis. Siglo XVI.

8. Vestido de seda adornado de encajes.

9. Vestido de terciopelo y encaje.

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

POR

VICENTE CUENCA.

(Continuación.)

¡Ah! si yo pudiese asociaros á esas horas melancólicas

cas de éxtasis, que paso pensando en vos, y después á mis desesperaciones, que sólo se calman con las lágrimas!.....

Vos tan indiferente como dicen, os prosternaríais ante la sublime demencia, y rogaríais por mí al cielo, al que pienso arribar bien pronto: porque hay locuras tan verdaderas, que no hacen otra cosa que arrancar lágrimas en vez de una sonrisa de compasión...

«Vos sois ambicioso; vos correis detrás de una gloria nueva, y la hermosa corona de blancas flores, de flores resplandecientes que la poesía os había ceñido, la habéis arrojado y hollado como un harapo viejo y hediondo, cuya vista causase hastío.

«Vos habéis soñado otra, mas ¡ay! las hojas de ésta no son tan bellas y puras, y no se conquista una sino después de haber recorrido una senda árida y salvaje, y cuando se ha dejado en las zarzas que marcan sus linderos, los últimos restos de la pena del alma.

«Por qué no me es dado seguirlos por ella, para poder apartar los escollos que embarazan el camino! ¡Feliz sería con esto aunque mis manos desgarrasen las espigas! ¡Ay! no puedo más que amaros, y rogar á Dios os libre de la amargura y el cansancio del camino...

Cuando esta mujer dice que está loca dice la verdad, amigo mío. En vano trato de devanarme los sesos para adivinar quién puede ser, y algunas veces espío las miradas, los gestos de cualquiera para ver si acierto la mano que ha escrito esas líneas, tan parecidas á las que yo escribía hace veinte años.

Pero no veo en torno de mí más que mujeres bonitas, muy adornadas de lazos y cintas, que sólo se ocupan de sí mismas, ó, cuando más, del abanico; que no aman más que al que las ama, y esto algunas veces, muy raras, y que seguramente no irán á perder un tiempo que saben aprovechar de otra manera, y escribiendo una novela en cartas... sin respuesta.

Pero basta y sobra de tonterías, y hablemos de cosas más formales.

Dentro de algunos días hablaré en presencia de España.

«Cuánto siento que no estés aquí! Si sucumbo, tú tendrías palabras para consolarme; si, por el contrario, corona el triunfo mis ensayos, tu mano sería la primera que yo quisiera estrechar con mi satisfacción.

¡Ay! Ricardo mío, después de mi padre, tú eres el único sér á quien amo en el mundo.

Mi tía sólo trata de explotarme, y me arrancaría mi capa, con la mayor sangre fría, para cubrirse con ella si no temiese que el frío me matara.

Mi mujer, como un pobre arbusto seco hasta en sus raíces, no sabe que la yedra se une al árbol que la Providencia le da por apoyo, y corre su vida tan extraña á la mía, que muchas veces nuestra unión me parece un sueño que continúa después de despertar.

Julia sigue como siempre la has conocido; tímida, por no decir inerte; silenciosa, por no decir muda. Aunque no se queja jamás, porque, en último extremo, quejarse sería hacer algo, advierto hace algún tiempo un cambio bastante visible en ella, juzgo que está enferma: ¡pero qué he de hacer!

Cuando la pregunto si padece, me mira con espanto y se llenan sus ojos de lágrimas; he intentado y hasta he llegado á proponerle enviarla al lado de su padre, á quien dicen que quiere mucho, y ha echado también á llorar.

El teatro la fastidia, el baile la cansa; parece no estar contenta más que cuando está encerrada en su cuarto, y huye de nosotros en vez de buscarnos.

Te aseguro que es un eterno suplicio ver á esa jóven á quien nada logra distraer, y cada vez me confirmando más en la opinión de su tía, que me ha aconsejado siempre que no me ocupe para nada de ella.

Hay organizaciones de un temple bien extraño; la

naturaleza ha dotado á mi mujer de un humor singular, que me hará muy infeliz si toda mi vida no estuviese ahora consagrada á las cosas exteriores.

SEGUNDA CARTA.

Enrique á Ricardo.

Ya llegué al pináculo, mi querido amigo.

Por los periódicos habrás sabido mi triunfo. Gracias á Dios he entrado en la liza rompiendo con honor mi primera lanza.

Estoy contento de mí.

He dejado hablar á mi conciencia, á despecho de muchos consejos que me habían dado y de muchas promesas que quizás había hecho.

He revelado las miserias del pueblo, sus necesidades, sus padecimientos. Mi naturaleza compasiva por todo lo que sufre ha recobrado su imperio sobre la ceguera que se la quería imponer.

He conmovido y he arrastrado detras de mí la opinion de la cámara entera.

La noche de aquel día que permanecerá eternamente grabado en mi corazón, estuvo llena la casa de gente, siendo unánimes las felicitaciones.

Yo había tenido cuidado de no maltratar ningún partido al colocarme al lado del débil, y cada cual creía contarme aún en sus filas.

El color del infortunio es una bandera que puede flotar en los de todos los pabellones, sin que sus matices choquen á la vista.

La tía de Julia quería que desde el primer día rompiese lanzas en honor de sus simpatías. Pero lo que ella llama un rasgo ingenioso, y que no es sin embargo, te lo juro, más que el resultado de mis convicciones, la consuela de este desengaño, pues piensa que si el porvenir corresponde al presente, se recompensará con un ministerio, ó con una embajada al elocuente poder que ofrezca el peligro de conquistar todos los sufragios.

En fin, Ricardo, bajé de aquella tribuna, objeto de toda mi ambición, más grande que había subido... he visto á ancianos venerables inclinarse al pasar yo; he visto á jóvenes ilustres buscar mi mano para estrecharla entre las suyas.

¿Podré, Ricardo mío, sostener este papel cuya primera página es tan brillante?

No me digas ahora que vuelvo á caer en la poesía, que mi política es una reminiscencia de mis rimas de soneto, y que mi filantropía no me conducirá, nada más que á ser nombrado administrador de un hospital cuando sea viejo.

¿Te acuerdas de este dicho que nos hizo reír tanto una noche de alarma en que yo quería subirme sobre un guardacanton, para arengar desde allí con mayor facilidad á la muchedumbre? Tengo que confesarte, amigo mío, otra debilidad, otra recaída hacia mi antiguo oficio, tan cierto es que el hábito no hace el monje; lee la copia que te envío, y verás en qué aguas he bebido mis bellas y poéticas inspiraciones de ayer, y que tú quizás no has comprendido con las nuevas de que parezco imbuido ahora.

A Enrique.

«Acaban de decirme que mañana vais á hablar en la cámara. Enrique, compadecedme, porque yo no podré oírlos... éste es uno de los mayores castigos con que el cielo podrá afligirme, porque yo hubiera recogido vuestras palabras en mi corazón como una ciencia sagrada que hubiese perfumado por mucho tiempo mi triste vida.

«Ah! es un don tan bello la palabra.

«Con la palabra sacó Dios del caos la grande obra del mundo. ¿No debió, pues, dotar con ella á sus elegidos? ¿Aquellos á quienes se la ha dado, no les es dado todo? ¿No es la palabra la que presta el poder de ser amado, el de penetrar el alma con los rayos misteriosos que le hacen ver la vida como en un espejo divino en que se reflejan los grandes y profundos pensamientos del alma!

«La palabra es el amor con todas sus seducciones, es el consuelo del que padece, la esperanza de la inquietud, y es también la primera alegría de una madre.

«Esa potencia que el cielo ha desarrollado con voz vibrante y sonora—porque recuerdo haber oído en alguna parte vuestra voz—esa potencia, repito, Enrique, utilizadla para hacer bien, para amparar y proteger el desvalido.—Misión santa y sublime que los hombres aún no han llegado á comprender todo su valor.

«Hacer bien es trabajar para el porvenir, y entre todas las acciones humanas, es la única que cual un hermoso sol viene á dorar nuestros últimos días.

«Es la única cosa de este mundo cuyos beneficios llevamos á la otra vida, y que deja tras de sí un recuerdo, una bendición.

«No creais, Enrique, sin embargo, que yo censuro vuestra ambición. No, no; es una palabra noble y grande; y cuando llega al corazón sin mancha, con la cabeza alta, purificado de su pecado original, el egoísmo debe producir grandes cosas, y llevar á la verdadera gloria, á la inmortalidad.

«Ay! ¿Con qué derecho os trazo yo la senda que debéis seguir? ¿Cuál es el impulso insensato que me arrastra á enviaros estas líneas que brotan de mi mente enferma? ¿De dónde procede esta locura.

«Yo os amo.

«¿No es esta una respuesta á la que nunca se ha encontrado réplica? ¿La lógica, la filosofía, qué son ante esta palabra? Nada.

«Hace mucho tiempo que una secreta admiración de vos mismo ha bastado para penetrar mi alma, y he querido, desconocida como el firmamento que nos rodea, caminar al lado de una existencia enlazada á la mía por el sólo poder de la imaginación.

«Esta es una idea fantástica y ardiente que abre un campo vasto á mi espíritu enfermo, y que vos no comprendéis quizás, Enrique, porque yo no sé si es posible, en la naturaleza del hombre, comprender un sentimiento separado de todo materialismo; un sentimiento puro y casto como el pensamiento de un niño; una pasión aislada, que se recoja en sí misma y se convierta en el anillo, símbolo de la eternidad.

«¿No es esto, Enrique, lo que representa mi afecto hacia vos?

«Yo no me acuerdo ya del día en que le vi nacer... y moriré sin haberlo visto acabar. Vos no podéis jamás comprender la secreta felicidad que experimento al escribiros, y sin embargo, vos quizás no leeréis lo que yo escribo. Pero me parece que cada una de estas líneas es un paso que me aproxima á vos, y que vos volvéis la cabeza hacia mí para ver quién es el importuno que con tanta frecuencia viene á chocar contra vuestro corazón!...

—Y bien, Ricardo, ¿qué dices? No es verdad que esta mujer debe amarme? Yo lo creería aunque no tuviera más prueba que su exactitud en escribirme diariamente.

Yo no sé si se ha pensado alguna vez con exactitud en el mérito de la perseverancia; á mis ojos es la más poderosa de todas las energías.

Los primeros movimientos, las buenas acciones instantáneas son los que seducen á la multitud ignorante, y hasta estoy por decir hasta la inteligencia misma. ¿Pero quién se ocupa de los sentimientos oscuros, regulares, de la imaginación que cada día destina una chispa para nombrar el mismo objeto?

El mundo, que no aprecia más que lo que brilla, hace ruido, llama á esta sublime constancia, costumbre, —blasfemia, grosera y torpe que le exime de la admiración.

Yo quisiera conocer á esa mujer, Ricardo, no para amarla, si no para verla, porque deberá ser muy hermosa.

Si yo la encontrase algún día... pero yo no soy ya poeta, Ricardo. ¿Qué podía ofrecerle en cambio de esa angélica pasión? Los áridos pensamientos de un ambicioso que turban con frecuencia el temor, las defeciones, y sobre todo, lo que es más triste y desconsolador, un alma ulcerada... ó lo que es aún peor, un tercer lugar en un recinto conyugal.

Todas estas ideas, que yo quisiera alejar de mi lado, me asaltan y me combaten en tropel. ¿Que no pueda decir á esa mujer: no vayas al fondo de esta imaginación extinguida, donde aún queda un resto de calor sobrado débil para renacer, pero suficiente para hacer sufrir!

No recordeis, no, no recordeis á mi corazón sus primeras emociones, esos primeros y halagüeños delirios que halagaron mi fantasía; mirad que han limado su cadena, ese vínculo miserable y frágil, que un soplo parece romper, ese vínculo tan débil que parece una sombra, y que no se puede destruir sin un crimen, porque es la fuerza moral, el arma de Dios opuesta á la fuerza bruta.

VIII.

La pobre Julia, como habrán comprendido nuestros lectores, no había podido resistir al deseo que le inspiraba Laura.

Cada día llenaba largas páginas, en que exhalaba las quejas de su alma; cada día también se disminuían sus fuerzas y declinaba su salud.

Una enfermedad del corazón, de que parecía afectada, haciéndola accesible á las menores impresiones nerviosas, se aumentaba y crecía con el giro que había tomado su imaginación enferma.

Personas reflexivas, al admirar á Julia, hubieran conocido que una causa extraña á la enfermedad animaba sus ojos, brillantes aún, en sus órbitas; que otro dolor que el de la calentura precipitaba los latidos de su corazón; pero entre los seres que la Providencia había rodeado á la pobre mujer, uno, su tía, no quería ver; el otro, su marido, la miraba sin verla.

Quedaba Laura.

¿Ay! El corazón humano tiene pliegues tan profundos y sombríos, es un abismo tan insondable, en que se elaboran á veces pensamientos tan monstruosos, que apenas nos atrevemos á leer en el de Laura.—Laura, que quizás no se confesaba á sí misma sus culpables esperanzas, sus criminales deseos.

Si la hermana de Ricardo hubiera sido capaz de amar, ó al menos de comprender el amor, diríamos que seducida, subyugada por la hermosura y la fama de Guzmán, se había dejado arrastrar su alma por una de esas pasiones que reprueba la conciencia, y que, sin embargo, pueden nacer á despecho de los principios más austeros; porque ¿cuál es la criatura que ha podido dominar tan completamente sus pasiones, que pueda decir como Jesús á la Cananea: «el que sin pecado estuviere arroje sobre ella la primera piedra;» pero el día en que la idea de pertenecer á Enrique se le ocurrió á Laura, no fué de su corazón de donde tuvo que arrojarla, porque de su espíritu á su corazón perdió el hilo magnético que, generalmente en las mujeres, enlaza el uno con el otro.

Laura, sin embargo, trataba de atenuar á los ojos de su conciencia el atroz pensamiento que se había apoderado de ella. Julia no podía vivir; ¿por qué no había de tratar de recoger su herencia? Sin embargo, no se había confesado á sí misma que, una vez concebido este pensamiento, iba á poner en planta todos los recursos de la coquetería para adelantar algo la muerte; porque no hay medio de alimentar una esperanza semejante sin que las acciones tiendan á realizarla.

Julia, incapaz de una sospecha sobre la probidad de otro, no había nunca pensado en la lucha peligrosa á que entregaba á su marido, y su tía era demasiado inclinada á la diplomacia, para no apreciar todo el partido que podía sacar de la hermosura y los vicios de Laura.

El matrimonio de Enrique había colmado las esperanzas de la ambiciosa Luisa; pero para que conservase el imperio de que era tan avara, era menester, como medio, que le dejasen esa suprema soberanía, conservar en su casa aquello en que fundaba su orgullo.

Una mujer legítima hubiera podido arrebatarle este monopolio; pero Enrique, enamorado de Laura, cuya permanencia en Madrid dependía de ella y de Julia, quedaba sometida casi á la obediencia.

Hacía mucho tiempo que la buena y excelente viuda del banquero inglés había soñado con este atractivo como la última malla destinada á encerrar al poeta en sus redes.

Hasta entonces Enrique no había justificado las esperanzas maquiavélicas de su tía, sino juzgando á Laura muy bella; pero ocupado en asuntos graves, no había tomado ninguna consistencia en su espíritu la idea de un nuevo sentimiento.

A los ojos de Luisa de Leed esta indiferencia era un peligro que era menester evitar para que Enrique no buscara algún remedio fuera de su casa; y mientras que se urdían estas tramas vergonzosas, moríase Julia, ignorante de las intrigas y de los intereses que se agitaban en derredor suyo.

IX.

Era lo más crudo del invierno.

La Carrera de San Jerónimo resonaba una noche con

El ruido de los carruajes, con el relincho de los caballos y los gritos y apóstrofes de los lacayos.

Soldados á caballo, armados de punta en blanco como para entrar en una batalla, estaban prontos para rechazar, en caso de necesidad, á la andrajosa muchedumbre que se apiñaba á la puerta del palacio de la viuda de Leed para ver el zapato de raso y los extremos de los vestidos de esas mujeres elegantes, cuyos aderezos hubieran bastado para hacer la fortuna de cualquiera de aquellas familias miserables.

Cruel en sus placeres, egoísta en sus gozes, el mundo parece haber elegido expresamente para divertirse la época más cruda del año.

Pregúntese á la gran señora lo que es el invierno, y os responderá que es la estación de los bailes: el frío no se trasluce para ella más que en dibujos extraños, formados por el hielo sobre los cristales de su abrigada carretela, y la nieve le parece una blanca alfombra que cubre la calle.

El invierno le trae calientes pellizas, ricas cachemiras, y flores que sólo la primavera debería tener derecho de dar.

Con esto, ¿cómo no creer que el sol luce en Enero para todo el mundo? Con esto, ¿cómo se ha de pensar que hiela á la intemperie, en los sufrimientos de esa muchedumbre ávida que abandona su bohardilla para contemplar la felicidad ajena?

Creemos tener derecho para afirmar que entre todas aquellas mujeres vestidas de gasa y blonda que atravesaban ligeramente el pórtico, adornado de macetas, del palacio del banquero, no había una sola que dedicase un pensamiento á las miserias que tenía á la vista.

A la puerta del primer salón, Luisa, vestida de terciopelo negro, y con un turbante de punzon y oro en la cabeza, recibía á las hermosas concurrentes que Enrique de Guzman conducía á una galería convertida en sala de baile y decorada con un lujo extraordinario.

A lo último de esta galería, y como encargada de hacer los honores, estaba Julia, tan blanca como la túnica que la cubría, y como las camelias que adornaban su cabellera; y parecía tan fatigada como si hubiesen pasado muchas horas de baile.

Sentada á su lado, y como punto luminoso del cuadro de que Julia de San Vicente parecía la sombra, figuraba Laura, deslumbrante de hermosura y de elegancia.

La esperanza de un placer, los primeros acordes de la orquesta, el perfume de las flores, las miradas apasio-

nadas de los hombres, y más aún, las miradas malévolas de las mujeres, prueba irrecusable de su superioridad, comunicaban á Laura una expresión de triunfo que la daba aún mayor encanto.

Nada sentía mejor al rostro como la certidumbre de agradar; lo contrario es, sin duda, lo que afea á tantas gentes.

Apoyado en el sillón de Julia, y á manera de cariátide, estaba el viejo baron de San Juan; por la expresión maligna que á cada instante brillaba bajo el cristal de sus anteojos; por la risa sardónica que contraía su boca, podía adivinarse que contaba una infame historia de cada uno de los que iban entrando.

Esta conversacion que no tenía poder para excitar una risa en los labios de Julia, parecía solazar mucho á Laura.

Las personas que carecen de corazón tienen siempre suficiente talento para divertirse á costa de otro, y Laura era de este número.

Laura, cuyos grandes ojos, espejo infiel, reflejaban una fina malicia, mientras que sólo la concebía grosera, se reía á carcajadas de la maledicencia de San Juan; de suerte que en aquel rincón, entre un viejo y un demonio, que no se intimidaba ni en la presencia de un ángel, elaborábase bastantes infamias para indisponer á veinte familias.

Por fin el primer vals vino á dar otro curso á las ideas de los murmuradores.

Aunque gran parte de los que asistían á aquel baile tan brillante no conociesen siquiera á Julia de San Vicente, que huía del mundo y que con frecuencia no asistía á las reuniones que daba su tía, Julia se vió muy pronto rodeada de una porción de hombres, que deseaban tener la honra de bailar con la mujer del gran orador, del célebre poeta, pues á pesar de su deserción del templo de las musas, aún se le llamaba así.

Más Julia, débil y enferma, no bailaba: á cada negativa que se veía obligada á dar, designaba para sustituirla á Laura, que recogía ya como adelantada esta parte de la herencia de su compañera. Como tenía que suceder, resultó de esta benevolencia de Julia para Laura tal afluencia de promesas de walses y rigodones, que el libro de memorias de la joven bastaba apenas para consignarlas todas.

Las dos caras del cuero estuvieron pronto llenas de letra tan compacta como las páginas de un libro, y en honor de la verdad debemos añadir que jamás libro alguno proporcionó tanto placer á su lector como estas líneas trazadas con lápiz á la coqueta dama.

Ella lo consideraba como un trofeo de gloria; era la bandera del soldado arrancada al enemigo; porque en los bailes cada rigodon es una victoria conseguida sobre sus rivales.

¡Pobre mundo!

Cuando aquella muchedumbre madrileña hubo invadido como un mar perfumado los salones del palacio, Luisa abandonó su sitio y vino á pasear sus altaneras y triunfantes miradas, más orgullosas aún que de costumbre por la satisfacción que inundaba su alma, sobre la magnífica reunión:—hubiérase creído que era un general en jefe que revisaba los diferentes cuerpos de su ejército.

(Se continuará.)

Soluciones á la charada que apareció en el número 7 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Febrero, por las Sras. Doña Carmen Saavedra Alonso, de Cartagena; Doña Lucía Santiso, de Burgos; Doña Filomena Arillo, de Santander; D. Venancio Lopez, de Játiva; Doña Gertrudis Pons, de Lorca; Doña Dominga Valterra, de Tarragona; Doña Emilia Leon Corbo, de Toledo; Doña Demetria Cienfuegos, de Madrid, y Doña Tomasa Barrio de Nestar, de Cervera de Río Pisuergra.

MACARENA.

CHARADA.

Es *prima* imagen de Dios,
y el hombre al ver su grandeza
inclina la frente y adora
su suprema Omnipotencia.
¡Qué joven enamorado,
no intentó una vez siquiera,
hacer *dos prima*, en loor
de la hermosa á quien obsequia?

Cuatro tres nombre de un sábio
famoso en la antigua Grecia,
que asistió al sitio de Troya
teatro de mil proezas.

Por más que el hombre blasone
de incredulidad soberbia,
da culto á los *una cuatro*
de quienes el sér le dieran.
Fué el *todo* tipo inmortal
que trazó mano maestra,
figura que mueve á risa
y con su sandez deleita.

FAUSTINA ALVAREZ.

Sevilla.

PARIS VERANO DE 1881 PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS ESPAÑOLAS
Los grandes Almacenes del Printemps
en PARIS.

tienen la honra de anunciar á su numerosa clientela que acaba de publicarse el Catálogo general Ilustrado que comprende la nomenclatura de las novedades de verano, sedería, de capricho, lana, etc., etc., así como los últimos modelos de las creaciones más lindas en trajes, confecciones y vestidos para Señoras y niños.

Este precioso Album de la Moda, contiene datos sobre el sistema de expediciones á España, franco de porte y de derechos de Aduana, sistema inaugurado con tanto éxito por los Grandes Almacenes del Printemps.

Las personas que deseen recibir dicho Catálogo gratis y franco de porte, se servirán pedirlo por carta franqueada á M. Jules JALUZOT.

GRANDES ALMACENES del PRINTEMPS en PARIS

NOTA. El Catálogo á que se refiere este Anuncio se ha impreso en Castellano, Francés, Alemán, Holandés, Italiano, Sueco y Danés.

PERFUMERÍA DE PASCUAL

Arenal, 2, Madrid.

Patrocinada por la más distinguida Sociedad de la corte y provincias.

En esta acreditada perfumería es donde deben comprarse todos los artículos de perfumería fina extranjera, para asegurarse de la bondad y legitimidad de los mismos.

M^{re} LADVOCAT, DARQUET & C^{re}

5 & 7, Rue Lévyque, Argenteuil, près Paris.

FLOR DE CISTE, polvos adherentes con glicerina para los

cúts delicados siempre 20 años. — AGUA DE LA HADA

DE LAS ROSAS contra las arrugas. — Medalla de Oro.

PILIVORE destruye el vello importuno de los brazos. DUSSEY. 1, r. J. J. Rousseau, Paris.

HERPES Se curan radicalmente con las píldoras de Larra. Caja, 16 rs. Botica de Guijarro, plaza del Angel, 3.

TÓNICO ORIENTAL



EL GRAN RESTAURADOR DEL CABELLO.

Extirpa la caspa, cura todas las afecciones de la piel del cráneo, y conserva, aumenta y hermosea admirablemente el pelo.

De venta en todas las boticas y perfumerías.

COMPANIA COLONIAL

Diez y ocho medallas de premio
TRES PRIMEROS PREMIOS EN FILADELFIA
CHOCOLATES, CAFÉS, TES Y BOMBONES

Depósito general: calle Mayor, 18 y 20. Sucursal: calle de la Montaña, 8.—Madrid.

GABINETES DE BROCATEL
Oriental, 1.400 rs.



A. VALLEJO
fabricante
DE MUEBLES.

Silleros y colgaduras. — Exportación á todas las provincias. — Pídanse tarifas de precios.
PUEBLA, 19,
frente á San Antonio de los Portugueses.

SILLERIAS DE RASO
de lana, 1.400 rs.



Exposition Universelle 1878 Medaille d'Or. Croix de Chevalier

LAS MAS GRANDES RECOMPENSAS

PERFUMERIA ESPECIAL

LACTEINA E. COUDRAY

Recomendada por las Celebridades medicas de Paris, para todas las necesidades del Tocado.

PRODUCTOS ESPECIALES:

JABON de LACTEINA para el Tocado. ESENCIA de LACTEINA para el pañuelo.
CREMA y POLVOS de JABON de LACTEINA para la barba. POLVOS y AGUA DENTÍFRICOS de LACTEINA.
POMADA a la LACTEINA para el cabello. para embellecer la dentadura.
COSMETICO a la LACTEINA para alisar el cabello. CREMA LACTEINA llamada raso del cutis.
AGUA de LACTEINA para el tocador. LACTEININA para blanquear el cutis.
ACEITE de LACTEINA para embellecer el cabello. FLOR de ARROZ de LACTEINA para blanquear el cutis.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA: PARIS, 13, rue d'Enghien, 13, PARIS

Depósitos en casa de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de España y ambas Américas.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1.446.

TRAJES PARA NIÑOS.

FIGS. 1.ª y 2.ª Vestido para niña de 7 a 8 años.—



11. Vestido escocés para niña. 12. Vestido con echarpe para niña.

Vestido princesa con volantes en el borde inferior. Plaston plissé y cou-lissé de raso. Cuello con solapas cou-lissé y echarpe anudado atrás del mismo raso. En la fig. 1.ª este lindo vestido es de cachemir verde, y en la fig. 2.ª de cachemir color vino de Borgoña.

FIG. 3.ª Vestido para niña de 8 á 10 años.—Es un vestido princesa de tela escocesa, cubierto con un delantal de mañana, de percal blanco, adornado de bordados, también en blanco.

FIG. 4.ª Traje para niño de 6 á 9 años.—Pantalon corto, chaleco y veston de paño á rayas. Medias encarnadas á rayas negras y botinas altas. Cuello grande y vuelto; corbatita encarnada.

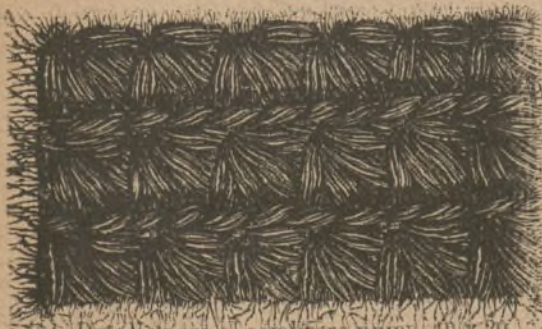
FIG. 5.ª Vestido de tartan para niño de 4 á 8 años.—Pantalon cor-



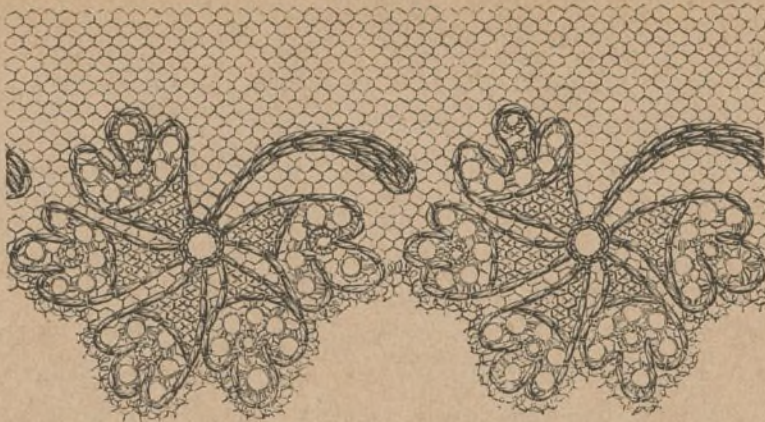
19. Sombrero de crochet para niña. (Véanse los núms. 20 á 22.)

to, blusa larga con canesú cuadrado y cuello de lo mismo. El delantero de la blusa está dispuesto en tres tablas profundas.

FIG. 6.ª Traje para niños de



21. Detalle para el sombrero núms. 19 y 20.



10. Encaje bordado en tul.



15. Canastilla para los papeles.



16 á 18. Paraguas con puños de novedad.

ambos sexos de 3 á 4 años.—Faldita corta de raso ó terciopelo violeta. Paletot muy largo de la misma tela y color, que se abre por delante desde la cintura. Ancho



13. Traje para niña.

14. Traje para niño.

cuello cuadrado de batista orillado de encaje.

FIG. 7.ª Traje para niña de 8 á 10 años.—Es de cachemir azul oscuro, y se compone de falda corta y blusa coulissé y formando volante en su borde inferior. Cuello marinero adornado como todo lo demás del traje, de galones encarnados, medias encarnadas y zapatos bajos negros con lazo de cinta encarnada.

FIG. 8.ª Traje de calle para señorito de 10 á 14 años.—Falda corta de terciopelo marrón, paletot de cheviot con adornos de raso; manguito que haga juego, forrado también de raso. Sombrero y peinado guarnecidos con raso azul.

OBRAS DE DOÑA ANGELA GRASSI que se hallan de venta en la Admi-



20. Sombrero de crochet para niña. (Véanse los núms. 19, 21 y 22.)

nistracion de EL CORREO DE LA MODA.

Marina. Narracion histórica, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

La gota de agua. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.



22. Detalle para el sombrero núms. 19 y 20.

23 Á 25. TRAJES PARA TEATRO Y CONCIERTO.

23. Vestido con fleco de cuentas.

24. Vestido con cuerpo-blusa.

25. Vestido para niña.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.ª, 2.ª y 4.ª Edición recibirán el FIGURIN ILUMINADO 1446, y las de 1.ª, 3.ª y 4.ª, el pliego de dibujos para bordados.

Editor-proprietario, Carlos Grassi.

Tip. de G. Estrada, Doctor Fourquet, 7.

Administracion: Montera, 11 Madrid.

CORREO DE LA MODA

2 de Marzo de 1891

(NÚMERO 5)

DIBUJOS PARA BORDADOS

Derecho

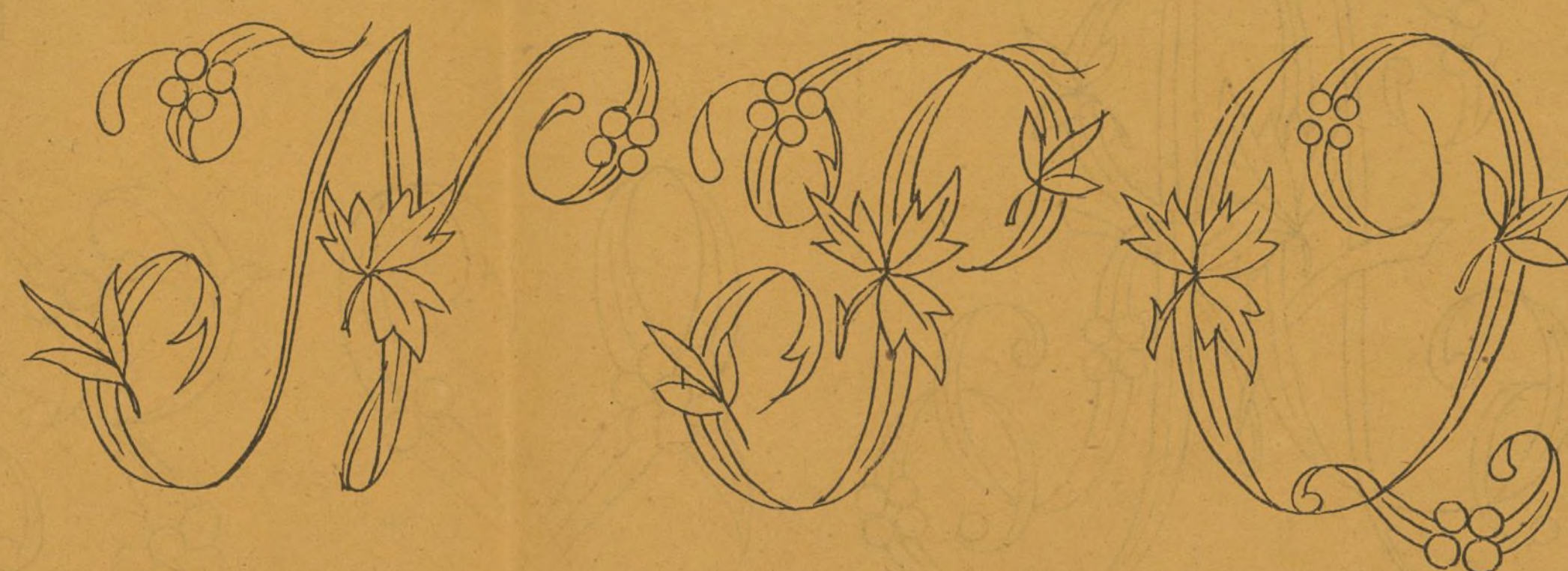
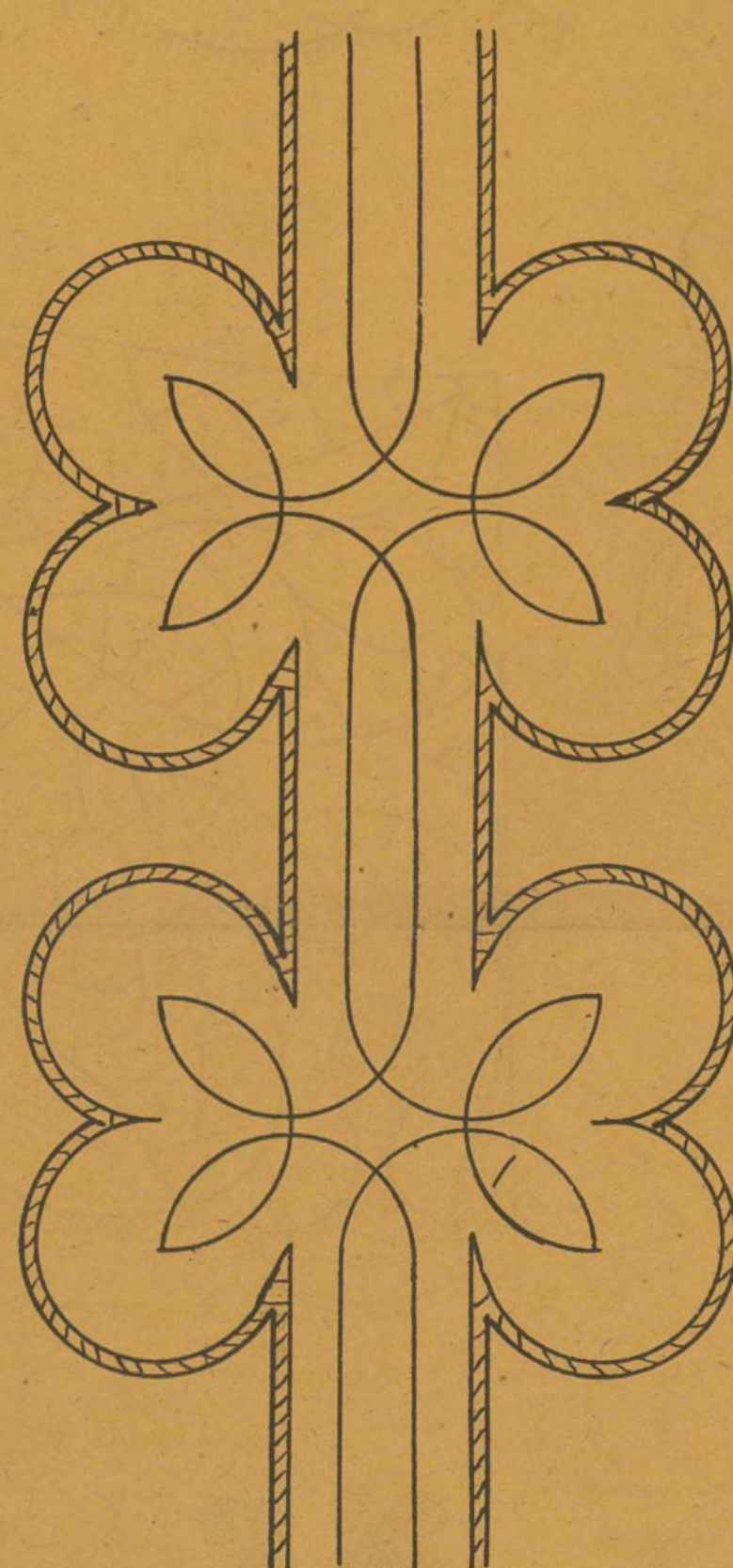
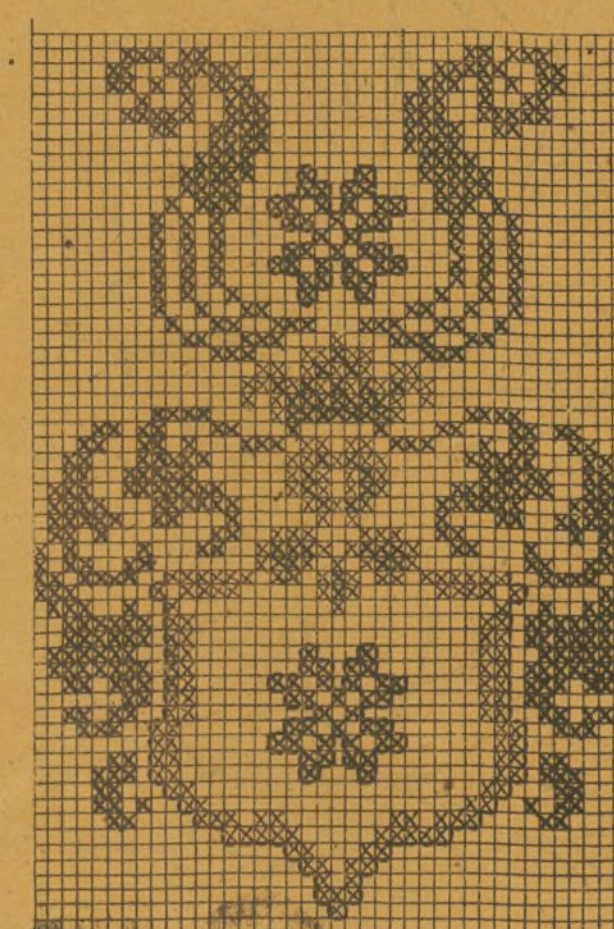
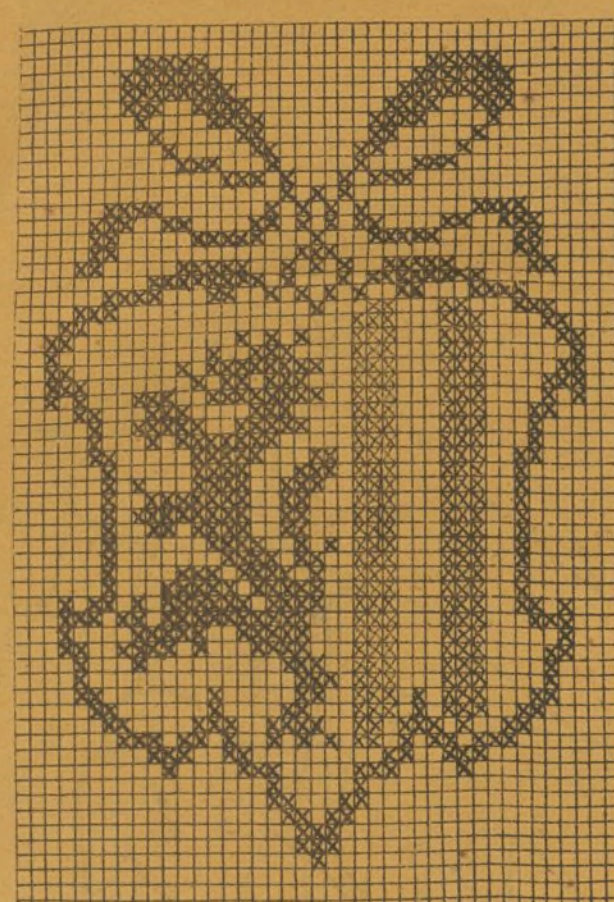
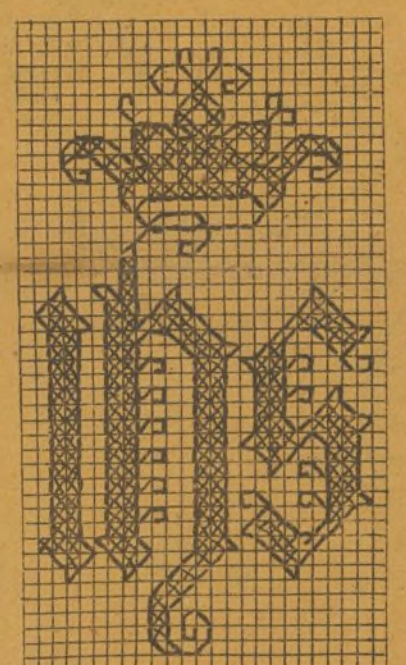
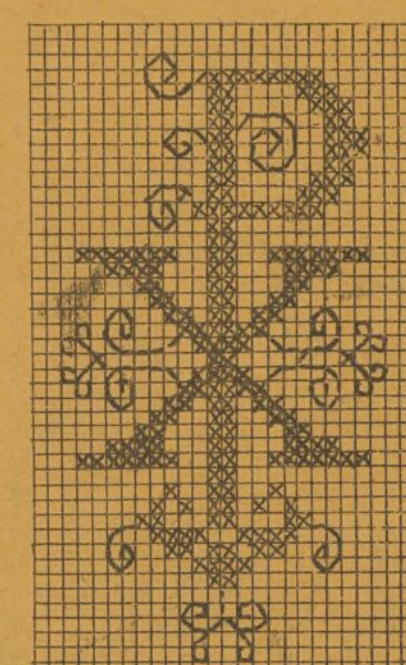
- 1.—Delantero bordado para falda de bautismo. Está bordado con aplicaciones de muselina sobre tul, realizado el bordado con calados en donde marcan las cruces. El mismo dibujo puede utilizarse para el plastron del cuerpo y las manguitas.
- 2.—Cenefa para muebles. Aplicaciones de terciopelo ó felpa orilladas con una cinta labrada y bordadas á cadeneta.
- 3.—Bordado para tirador de campanilla ó cualquier otro objeto, van trazados los contornos con souteche y hecho el centro con cordoncillo sujeto con puntadas invisibles.
- 4 y 5.—Armas bordadas á la cruz para ropa blanca.
- 6 y 7.—Monogramas con corona para objetos de Iglesia bordados á la cruz.

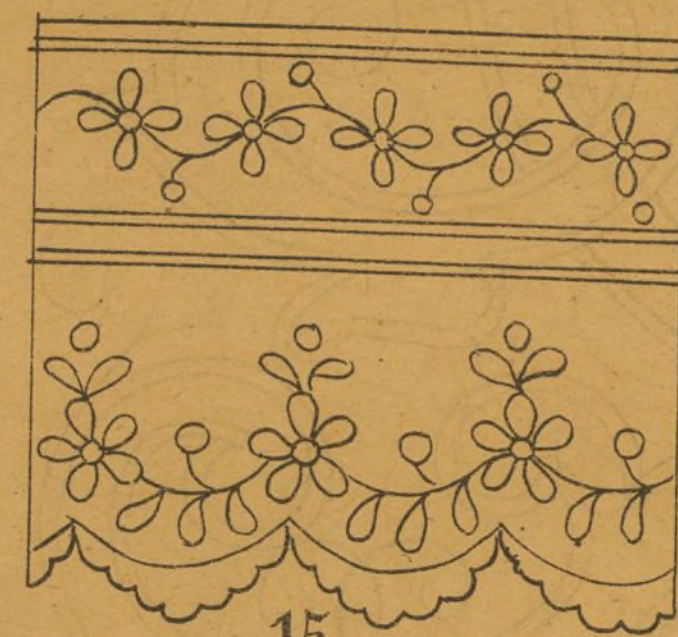
Terminación del abecedario que apareció en el número anterior.

Revés

- 8.—Ángulo y cenefa para tapete bordado á puntos largos.
- 9.—Píe de plato ó de lámpara. La graca de alrededor está formada con souteche y el dibujo del centro bordado á punto de perla y puntos largos.
- 10.—Ángulo y cenefa bordada al pasado con sedas de colores para diferentes objetos.
- 11 y 12.—Cuello y puño bordado guipure para niño.
- 13.—Vida pocha bordado. Las alas de la mariposa llevan la tela recortada y llenos los huecos á festón, de modo que forme calados.
- 14.—Cigarrera. Bordada con souteche de oro y sedas de colores.
- 15.—Cenefa y entredós bordados á la inglesa.
- 16.—Cenefa para ropa blanca.
- 17.—Emblema para objetos de Iglesia.

Abecedario completo para ropa blanca.
Letras y cifras adornadas.

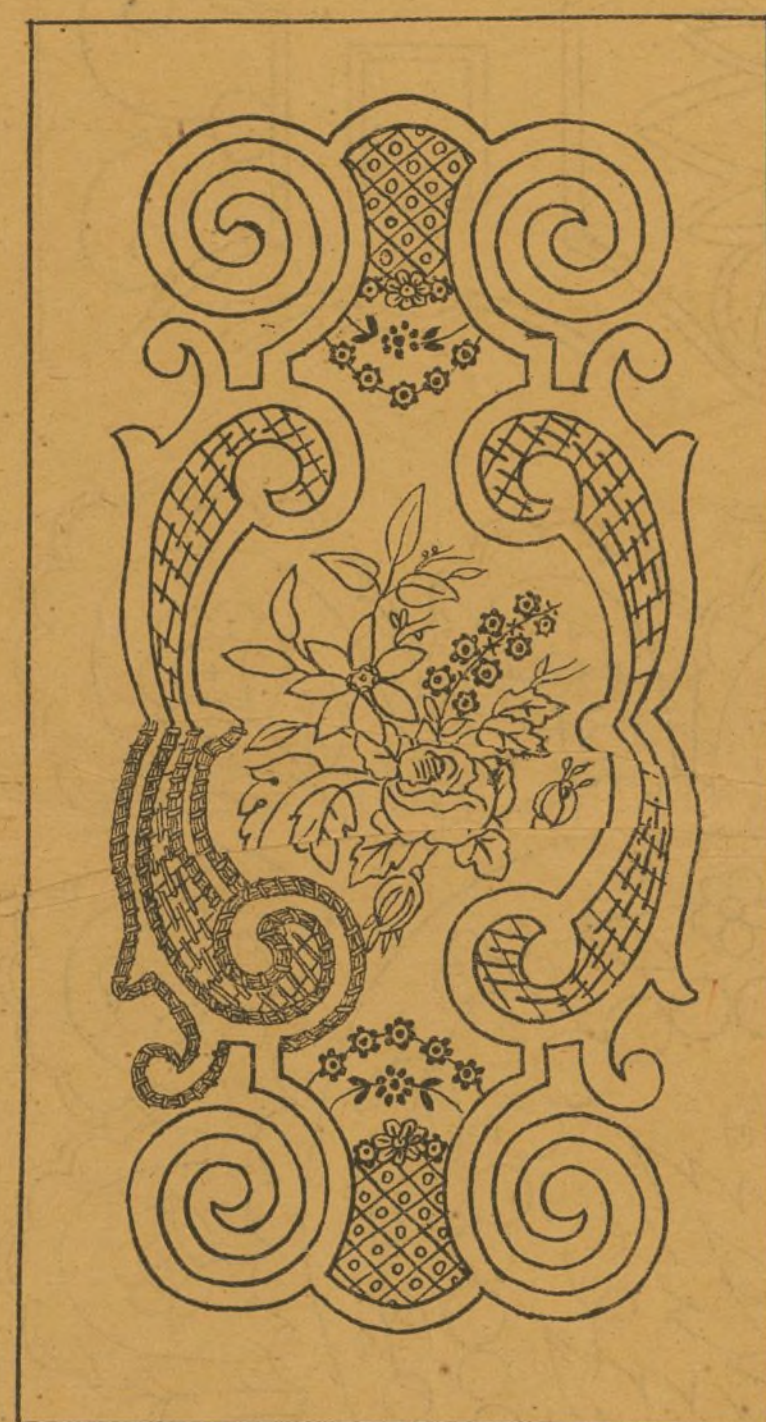




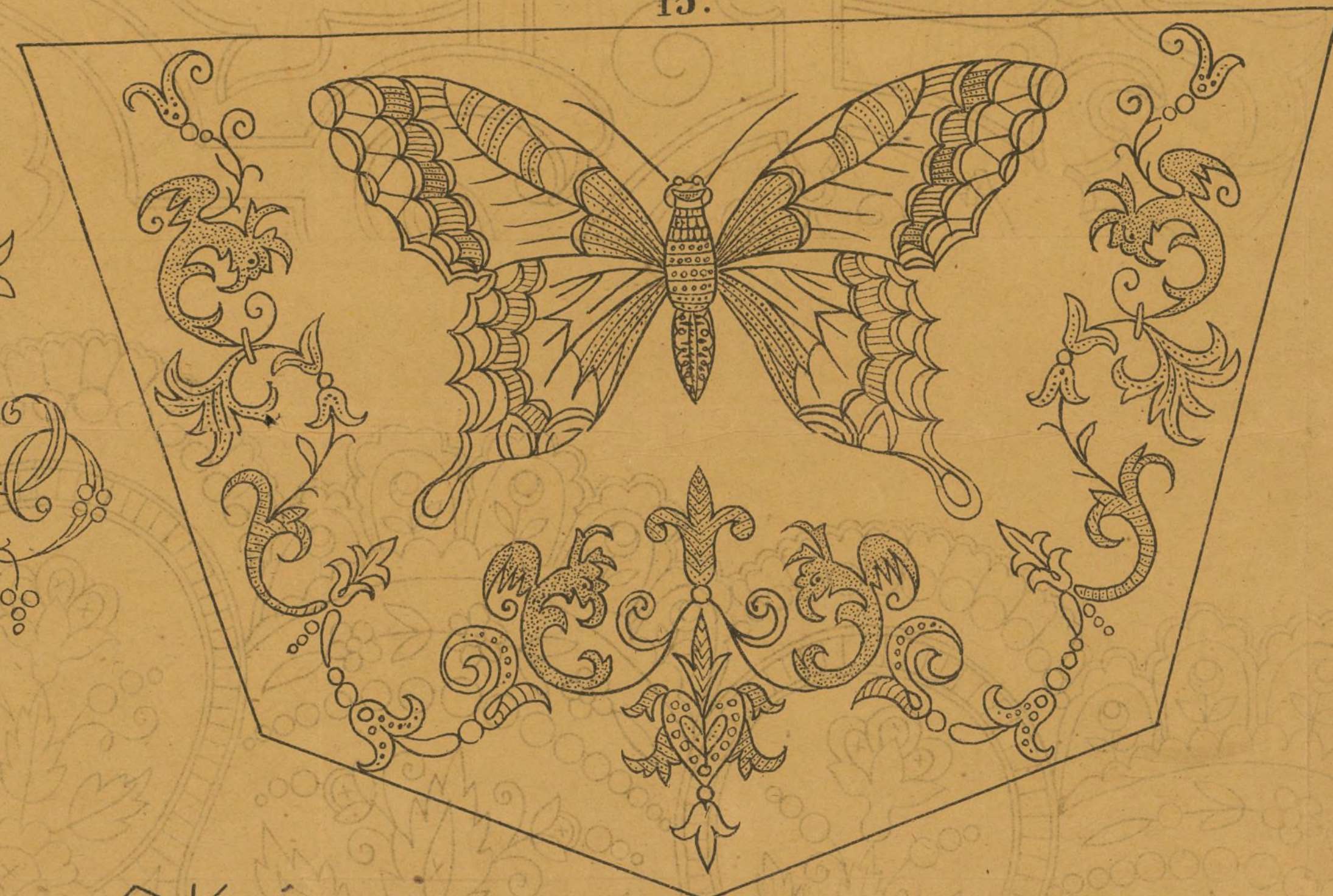
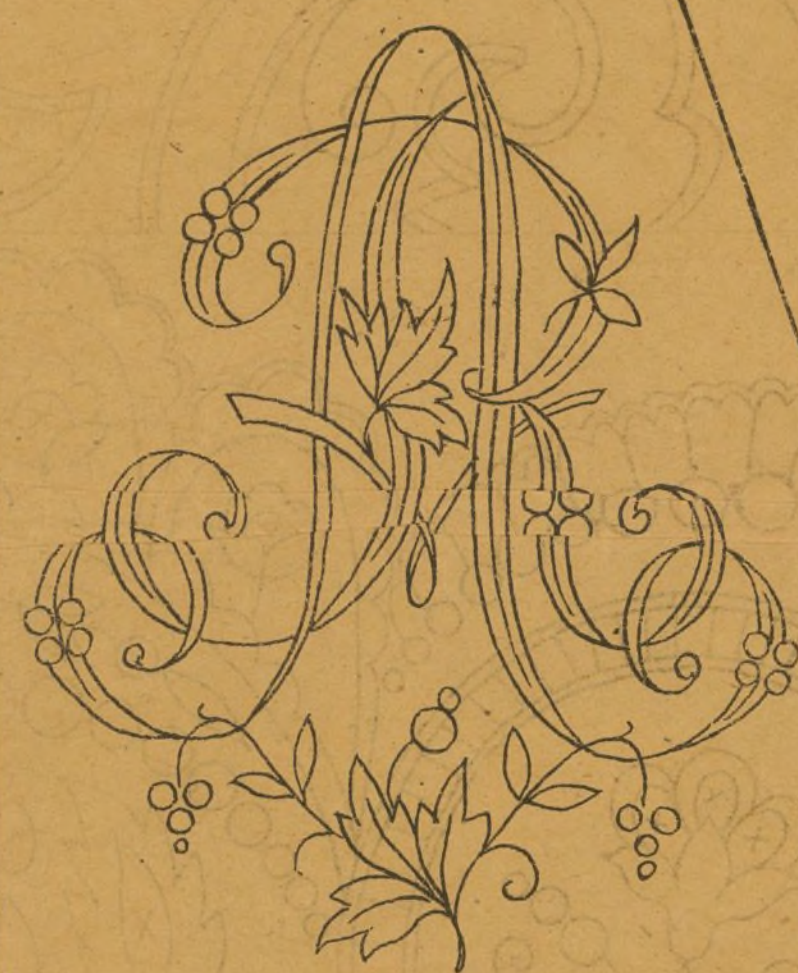
15.



16.



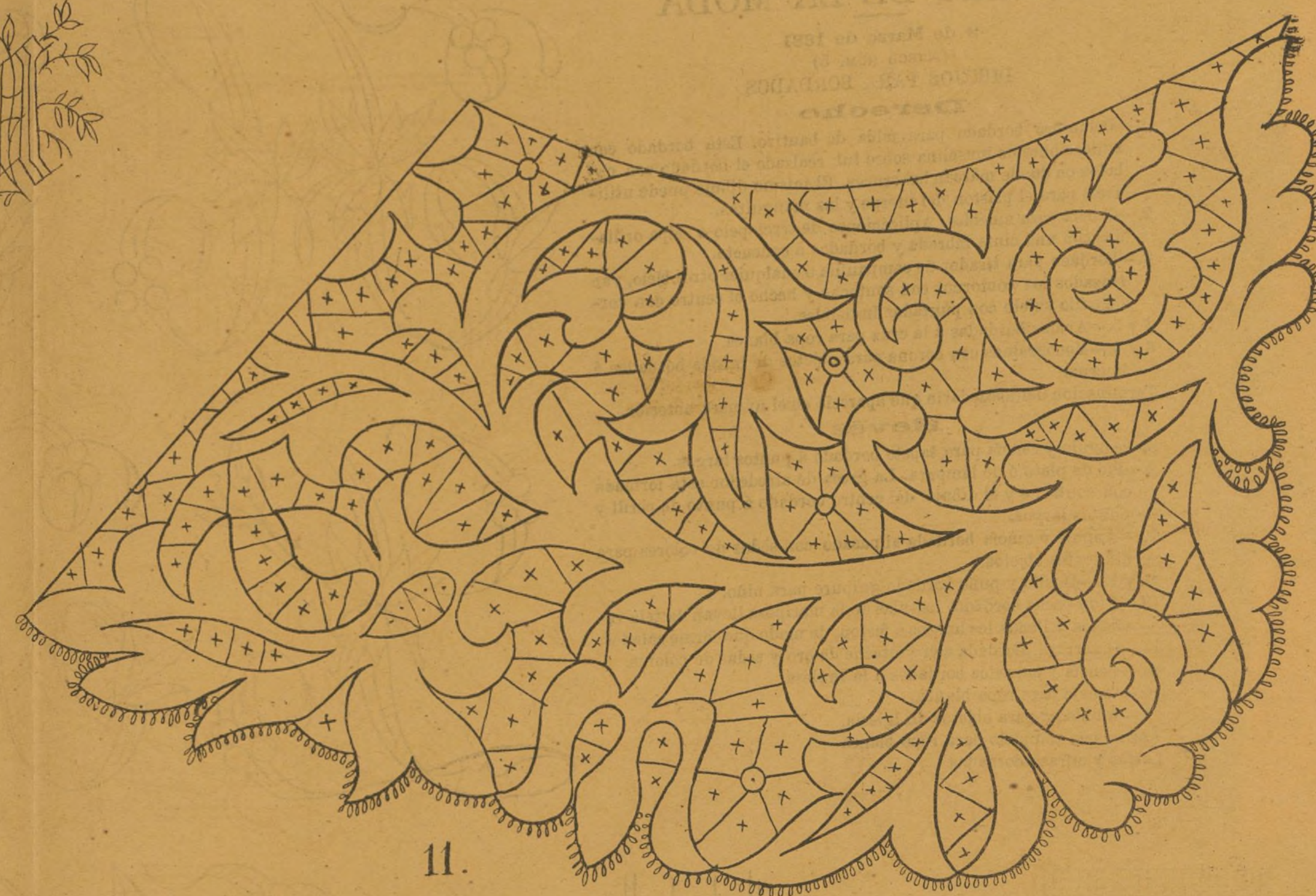
14.



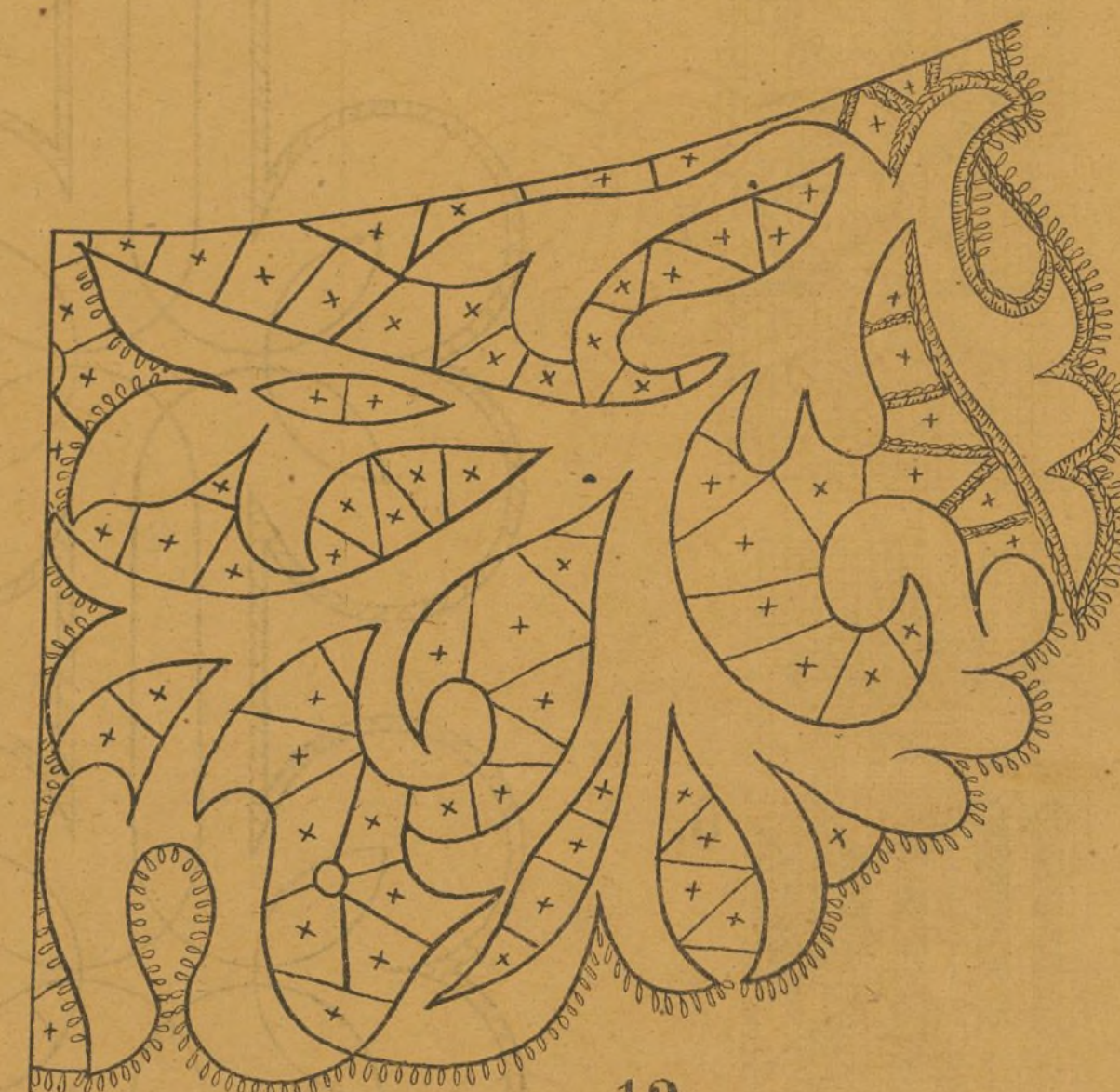
13.



17.



11.



12.



8.



9.



10.